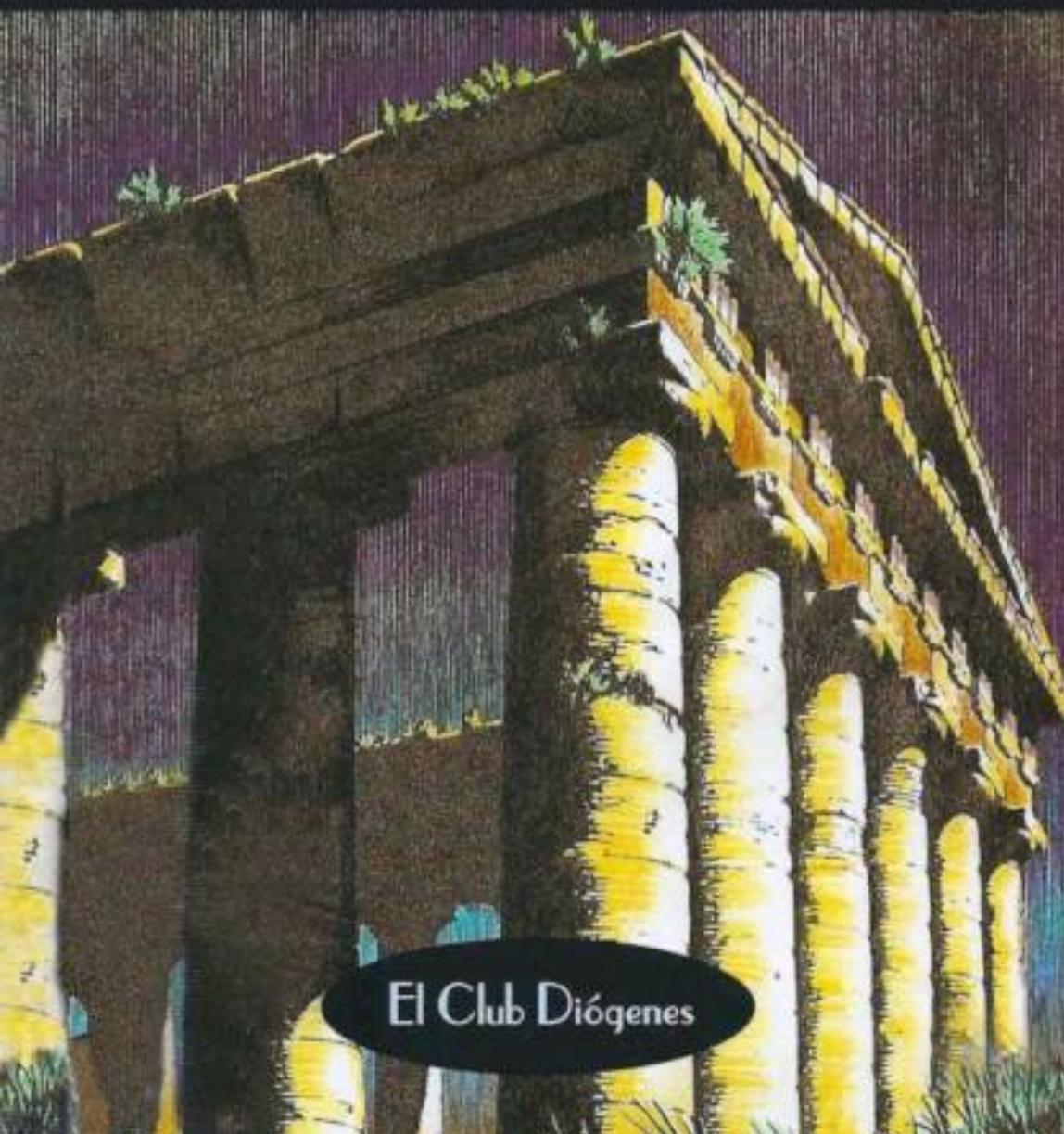


AMBROSE BIERCE

Un habitante de Carcosa
y otros relatos de terror



El Club Diógenes

Ambrose Bierce, periodista y escritor norteamericano, se ganó con todo merecimiento el sobrenombre de «Bitter Bierce» como premio a la sarcástica e intensa exactitud con que manifestó su desprecio hacia la necedad humana. Un día de 1913, harto de sus contemporáneos, enfermo y consumido por los azares de una vida mercada por el inconformismo y la independencia, cruzó la frontera y desapareció en el territorio del México insurgente.

La presente selección de relatos versa sobre temas, situaciones y personajes —terrenos y ultraterrenos— que harán las delicias de los aficionados a la literatura fantástica, pues la imaginación de Bierce, verdadero cronista del lado tenebroso del Universo, corre libremente a través de un torrente de sardónica comedia y de una especie de alegría en las imágenes de crueldad e impávida provocación.

Un habitante de Carcosa

(*An Inhabitant of Carcosa*, 1886)

«Existen diversas clases de muerte. En algunas, el cuerpo perdura, en otras se desvanece por completo con el espíritu. Esto solamente sucede, por lo general, en la soledad (tal es la voluntad de Dios), y, no habiendo visto nadie ese final, decimos que el hombre se ha perdido para siempre o que ha partido para un largo viaje, lo que es de hecho verdad. Pero, a veces, este hecho se produce en presencia de muchos, cuyo testimonio es la prueba. En una clase de muerte el espíritu muere también, y se ha comprobado que puede suceder que el cuerpo continúe vigoroso durante muchos años. Y a veces, como se ha testificado de forma irrefutable, el espíritu muere al mismo tiempo que el cuerpo, pero, según algunos, resucita en el mismo lugar en que el cuerpo se corrompió».

Meditando estas palabras de Hali (Dios le conceda la paz eterna), y preguntándome cuál sería su sentido pleno, como aquel que posee ciertos indicios, pero duda si no habrá algo más detrás de lo que él ha discernido, no presté atención al lugar donde me había extraviado, hasta que sentí en la cara un viento helado que revivió en mí la conciencia del paraje en que me hallaba. Observé con asombro que todo me resultaba ajeno. A mi alrededor se extendía una desolada y yerma llanura, cubierta de yerbas altas y marchitas que se agitaban y silbaban bajo la brisa del otoño, portadora de Dios sabe qué misterios e inquietudes. A

largos intervalos, se erigían unas rocas de formas extrañas y sombríos colores que parecían tener un mutuo entendimiento e intercambiar miradas significativas, como si hubieran asomado la cabeza para observar la realización de un acontecimiento previsto. Aquí y allá, algunos árboles secos parecían ser los jefes de esta malévola conspiración de silenciosa expectativa.

A pesar de la ausencia del sol, me pareció que el día debía estar muy avanzado, y aunque me di cuenta de que el aire era frío y húmedo, mi conciencia del hecho era más mental que física; no experimentaba ninguna sensación de molestia. Por encima del lúgubre paisaje se cernía una bóveda de nubes bajas y plumizas, suspendidas como una maldición visible. En todo había una amenaza y un presagio, un destello de maldad, un indicio de fatalidad. No había ni un pájaro, ni un animal, ni un insecto. El viento suspiraba en las ramas desnudas de los árboles muertos, y la yerba gris se curvaba para susurrar a la tierra secretos espantosos. Pero ningún otro ruido, ningún otro movimiento rompía la calma terrible de aquel funesto lugar.

Observé en la hierba cierto número de piedras gastadas por la intemperie y evidentemente trabajadas con herramientas. Estaban rotas, cubiertas de musgo, y medio hundidas en la tierra. Algunas estaban derribadas, otras se inclinaban en ángulos diversos, pero ninguna estaba vertical. Sin duda alguna eran lápidas funerarias, aunque las tumbas propiamente dichas no existían ya en forma de túmulos ni depresiones en el suelo. Los años lo habían nivelado todo. Diseminados aquí y allá, los bloques más grandes marcaban el sitio donde algún sepulcro pomposo o soberbio había lanzado su frágil desafío al olvido. Estas reliquias, estos vestigios de la vanidad humana, estos monumentos de piedad y afecto me parecían tan antiguos, tan deteriorados, tan gastados, tan manchados, y el lugar tan descuidado y abandonado, que no pude más que creerme el descubridor

del cementerio de una raza prehistórica de hombres cuyo nombre se había extinguido hacía muchísimos siglos.

Sumido en estas reflexiones, permanecí un tiempo sin prestar atención al encadenamiento de mis propias experiencias, pero después de poco pensé: «¿Cómo llegué aquí?». Un momento de reflexión pareció proporcionarme la respuesta y explicarme, aunque de forma inquietante, el extraordinario carácter con que mi imaginación había revertido todo cuanto veía y oía. Estaba enfermo. Recordaba ahora que un ataque de fiebre repentina me había postrado en cama, que mi familia me había contado cómo, en mis crisis de delirio, había pedido aire y libertad, y cómo me habían mantenido a la fuerza en la cama para impedir que huyese. Eludí vigilancia de mis cuidadores, y vagué hasta aquí para ir... ¿adónde? No tenía idea. Sin duda me encontraba a una distancia considerable de la ciudad donde vivía, la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

En ninguna parte se oía ni se veía signo alguno de vida humana. No se veía ascender ninguna columna de humo, ni se escuchaba el ladrido de ningún perro guardián, ni el mugido de ningún ganado, ni gritos de niños jugando; nada más que ese cementerio lúgubre, con su atmósfera de misterio y de terror debida a mi cerebro trastornado. ¿No estaría acaso delirando nuevamente, aquí, lejos de todo auxilio humano? ¿No sería todo eso una ilusión engendrada por mi locura? Llamé a mis mujeres y a mis hijos, tendí mis manos en busca de las suyas, incluso caminé entre las piedras ruinosas y la yerba marchita.

Un ruido detrás de mí me hizo volver la cabeza. Un animal salvaje —un lince— se acercaba. Me vino un pensamiento: «Si caigo aquí, en el desierto, si vuelve la fiebre y desfallezco, esta bestia me destrozará la garganta». Salté hacia él, gritando. Pasó a un palmo de mí, trotando tranquilamente, y desapareció tras una roca.

Un instante después, la cabeza de un hombre pareció brotar de la tierra un poco más lejos. Ascendía por la pen-

diente más lejana de una colina baja, cuya cresta apenas se distinguía de la llanura. Pronto vi toda su silueta recortada sobre el fondo de nubes grises. Estaba medio desnudo, medio vestido con pieles de animales; tenía los cabellos en desorden y una larga y andrajosa barba. En una mano llevaba un arco y flechas; en la otra, una antorcha llameante con un largo rastro de humo. Caminaba lentamente y con precaución, como si temiera caer en un sepulcro abierto, oculto por la alta yerba.

Esta extraña aparición me sorprendió, pero no me causó alarma. Me dirigí hacia él para interceptarlo hasta que lo tuve de frente; lo abordé con el familiar saludo:

—¡Que Dios te guarde!

No me prestó la menor atención, ni disminuyó su ritmo.

—Buen extranjero —proseguí—, estoy enfermo y perdido. Te ruego me indiques el camino a Carcosa.

El hombre entonó un bárbaro canto en una lengua desconocida, siguió caminando y desapareció.

Sobre la rama de un árbol seco un búho lanzó un siniestro aullido y otro le contestó a lo lejos. Al levantar los ojos vi a través de una brusca fisura en las nubes a Aldebarán y las Híadas. Todo sugería la noche: el lince, el hombre portando la antorcha, el búho. Y, sin embargo, yo veía... veía incluso las estrellas en ausencia de la oscuridad. Veía, pero evidentemente no podía ser visto ni escuchado. ¿Qué espantoso sortilegio dominaba mi existencia?

Me senté al pie de un gran árbol para reflexionar seriamente sobre lo que más convendría hacer. Ya no tuve dudas de mi locura, pero aún guardaba cierto resquemor acerca de esta convicción. No tenía ya rastro alguno de fiebre. Más aún, experimentaba una sensación de alegría y de fuerza que me eran totalmente desconocidas, una especie de exaltación física y mental. Todos mis sentidos estaban alerta: el aire me parecía una sustancia pesada, y podía oír el silencio.

La gruesa raíz del árbol gigante (contra el cual yo me apoyaba) abrazaba y oprimía una losa de piedra que emergía parcialmente por el hueco que dejaba otra raíz. Así, la piedra se encontraba al abrigo de las inclemencias del tiempo, aunque estaba muy deteriorada. Sus aristas estaban desgastadas; sus ángulos, roídos; su superficie, completamente desconchada. En la tierra brillaban partículas de mica, vestigios de su desintegración. Indudablemente, esta piedra señalaba una sepultura de la cual el árbol había brotado varios siglos antes. Las raíces hambrientas habían saqueado la tumba y aprisionado su lápida.

Un brusco soplo de viento barrió las hojas secas y las ramas acumuladas sobre la lápida. Distinguí entonces las letras del bajorrelieve de su inscripción, y me incliné a leerlas. ¡Dios del cielo! ¡Mi propio nombre...! ¡La fecha de mi nacimiento...! ¡Y la fecha de mi muerte!

Un rayo de sol iluminó completamente el costado del árbol, mientras me ponía en pie de un salto, lleno de terror. El sol nacía en el rosado oriente. Yo estaba en pie, entre su enorme disco rojo y el árbol, pero ¡no proyectaba sombra alguna sobre el tronco!

Un coro de lobos aulladores saludó al alba. Los vi sentados sobre sus cuartos traseros, solos y en grupos, en la cima de los montículos y de los túmulos irregulares que llenaban a medias el desierto panorama que se prolongaba hasta el horizonte. Entonces me di cuenta de que eran las ruinas de la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

* * *

Tales son los hechos que comunicó el espíritu de Hoseib Alar Robardin al médium Bayrolles.

La ventana entablada

(The Boarded Window, 1891)

En 1830, hasta sólo unos kilómetros de lo que es ahora la importante ciudad de Cincinnati, había un bosque inmenso y casi continuo. Toda la región estaba poblada, escasamente, por gentes de la frontera: almas inquietas que tan pronto habían levantado con leños del bosque casas bastante habitables y alcanzado ese grado de prosperidad que hoy llamaríamos indigencia, impelidas por algún impulso misterioso de su naturaleza lo abandonaban todo y seguían avanzando hacia el oeste para enfrentarse a nuevos peligros y privaciones en el intento de recuperar las escasas comodidades a las que habían renunciado voluntariamente. Muchos de ellos habían abandonado ya esa región buscando asentamientos más remotos, pero entre los que quedaban estaba uno de los que fueron primeros en llegar. Vivía solo en una cabaña de leños rodeado por todas partes por el gran bosque, de cuyo silencio y tinieblas parecía formar parte, pues nadie sabía que hubiera sonreído nunca ni hubiera pronunciado una palabra innecesaria. Sus necesidades simples las obtenía mediante la venta o trueque de pieles de animales salvajes en la ciudad del río, pues no crecía nada en aquella tierra que, si hubiera sido necesario, habría reivindicado por un derecho de propiedad indisputable. Sí había algunas pruebas de «mejoras»: unos cuantos acres de tierra situados inmediatamente al lado de la casa habían sido talados en otro tiempo, y los tocones podridos se encontraban medio ocultos por los árboles nuevos a los

que se les había permitido reparar la desolación producida con el hacha. Evidentemente, el deseo agrícola de aquel hombre había ardidido con una llama vacilante y expiró entre cenizas penitenciales.

La pequeña cabaña de leños, con la chimenea de palos, el techo de tableros combados que se mantenían en su sitio gracias a unos palos atravesados, con las grietas tapadas con arcilla, sólo tenía una puerta y, directamente en la pared de enfrente, una ventana. Sin embargo esta última estaba tapada con tablones, sin que nadie se acordara del tiempo en que no fue así. Nadie sabía tampoco por qué estaba tan cerrada; ciertamente no porque a su ocupante le desagradara la luz y el aire, pues en las raras ocasiones en que un cazador había pasado por aquel solitario lugar, normalmente había visto al propietario tomando el sol en los escalones de entrada, si el cielo había tenido a bien satisfacer sus necesidades de luz solar. Creo que hoy viven pocas personas que hayan conocido el secreto de esa ventana, pero como verá el lector, yo soy una de ellas.

Se decía que aquel hombre se llamaba Murlock. Parecía tener unos setenta años, aunque en realidad sólo eran cincuenta. Algo más que el paso del tiempo había colaborado en su envejecimiento. Su cabello y su barba larga y tupida eran blancos; los ojos, grises y carentes de brillo, estaban hundidos; el rostro parecía singularmente cosido por arrugas que daban la impresión de pertenecer a dos sistemas en intersección. Su figura era alta y enjuta, con cierta inclinación de hombros: la de un porteador de cargas. Nunca le vi; estas noticias las supe por mi abuelo, a quien debo también la historia de aquel hombre, que me contó cuando yo era un muchacho. Le había conocido en aquellos tiempos lejanos porque vivía cerca de él.

Un día encontraron muerto a Murlock en su cabaña. No eran tiempos ni lugares para jueces y periódicos, por lo que supongo que se acordó que había muerto por causa natural, pues si no hubiera sido así se habría comentado y yo lo

recordaría. Sólo sé que con cierto sentimiento de lo que es apropiado enterraron el cadáver cerca de la cabaña, junto a la tumba de su esposa, que le había precedido hacía ya tantos años que en la tradición local apenas se había conservado algún indicio de su existencia. Con eso se cierra el último capítulo de esta historia auténtica: salvo, ciertamente, la circunstancia de que muchos años después, en compañía de otro espíritu igualmente intrépido, penetré en la región y llegué a aventurarme lo bastante cerca de la cabaña en ruinas para arrojar una piedra contra ella y escapar corriendo para evitar al fantasma que, como sabían todos los muchachos bien informados de los alrededores, habitaba en aquel lugar. Pero hay un capítulo anterior que me proporcionó mi abuelo.

Cuando Murlock construyó la cabaña y empezó a trabajar con el hacha para crear una granja —entre tanto el rifle era su medio de apoyo—, era joven, fuerte y lleno de esperanzas. En el condado más oriental de donde procedía se había casado, tal como era habitual, con una mujer joven que en todos los aspectos era merecedora de su honesta devoción, pues compartió los peligros y las privaciones del destino de Murlock con voluntarioso espíritu y corazón alegre. En ninguna parte está anotado el nombre de ella; de los encantos de su mente y su persona la tradición guarda silencio, y el que dude está en libertad para mantener sus dudas, ¡pero Dios me prohibiría que yo las compartiera! Cada día que vivió como viudo sirve de prueba del afecto y la felicidad que les unía, ¿pues qué otra cosa, sino el magnetismo de un recuerdo bendito, podría haber encadenado a un destino semejante a un espíritu aventurero como aquél?

Un día, cuando Murlock regresaba de cazar en una zona distante del bosque, encontró a su esposa postrada por la fiebre y delirando. No había médico a muchos kilómetros, ni vecino alguno; tampoco se encontraba ella en unas condiciones que permitieran dejarla sola para ir a buscar ayuda. Así que se dispuso a alimentarla para que recuperara la

salud, pero al final del tercer día ella quedó inconsciente y después murió, sin que por lo visto volviera a recuperar la razón.

Por lo que sabemos de una naturaleza como la de Murlock, podemos atrevernos a esbozar algunos detalles del cuadro perfilado por mi abuelo. Cuando se convenció de que estaba muerta, Murlock tenía todavía el suficiente sentido como para recordar que a los muertos hay que prepararlos para el enterramiento. En la ejecución de ese deber sagrado tropezó de vez en cuando, realizó algunas cosas incorrectamente, y otras, que hizo correctamente, las repitió una y otra vez. Sus ocasionales fracasos en el intento de ejecutar un acto simple y ordinario le llenaron de asombro, como el de un hombre embriagado que se sorprende de la suspensión de las leyes naturales familiares. También él se sorprendió de no llorar: se sintió sorprendido y un poco avergonzado; seguramente es poco amable no llorar por los muertos.

—Mañana tendré que hacer el ataúd y cavar la tumba —dijo en voz alta—. Entonces la echaré de menos, cuando ya no pueda verla nunca, pero ahora... está muerta, claro que sí, pero todo está bien... *Debe* estar todo bien, de alguna manera. Las cosas no pueden ser tan malas como parecen.

Permaneció en pie junto al cadáver bajo la luz menguante, arreglándole el pelo y dando los últimos toques a ese simple aseo, haciéndolo todo mecánicamente, sin poner el alma en ello. Pero por su conciencia transitaba una corriente subterránea de convicción de que todo estaba bien; de que volvería a tenerla como antes, y todo quedaría explicado. No tenía experiencia en la pena; el uso no había hecho crecer su capacidad a ese respecto. Su corazón no podía contenerlo todo, ni su imaginación concebirlo correctamente. No sabía que había sido golpeado duramente; ese conocimiento vendría más tarde, para no irse nunca. La pena es una artista de facultades tan variadas como los instrumentos con los que toca sus endechas funerarias, evo-

cando en algunos las notas más agudas, en otros los acordes bajos y graves que palpitan recurrentemente, como el batir lento de un tambor distante. Sobresalta a algunas naturalezas; adormece a otras. Para algunos es como el golpe de una flecha que abre la sensibilidad a lo fúnebre de la vida; para otros como un mazazo que al golpear adormece. Podemos entender que Murlock se hubiera visto afectado de esa manera, pues en cuanto hubo terminado su piadoso trabajo (y aquí nos movemos en campos más seguros que el de la simple conjetura), dejándose caer en una silla al lado de la mesa sobre la que estaba el cuerpo, y observando lo blanco que era el perfil del cadáver en la creciente oscuridad, apoyó los brazos en el borde de la mesa y dejó caer el rostro sobre ellos, todavía sin lágrimas, pero indeciblemente fatigado. ¡En ese momento entró por la ventana abierta un sonido prolongado y gimiente, como el llanto de un niño perdido en las profundidades de un bosque oscuro! Pero no se movió. Otra vez, aunque más cerca que antes, sonó en sus sentidos ese grito ultraterreno. Quizás fuera un animal salvaje; o quizás un sueño: pues Murlock estaba dormido.

Unas horas más tarde, como se supo después, aquel vigilante poco cumplidor despertó, levantó la cabeza que tenía apoyada en los brazos y escuchó atentamente, aunque no sabía qué. En la negra oscuridad, al lado del cadáver, recordándolo todo sin sobresaltarse, forzó sus ojos para ver, pero no sabía qué. Todos sus sentidos estaban alerta, la respiración suspendida, la sangre había aquietado su movimiento como para ayudar al silencio. ¿Quién, qué le había despertado, y dónde estaba?

De pronto la mesa se agitó bajo sus brazos, y en ese momento oyó, o creyó oír, un paso ligero y suave... y otro más... ¡sonaba como si unos pies descalzos caminaran sobre el suelo!

Estaba tan aterrado que no podía gritar ni moverse. Se vio obligado a esperar, a esperar allí en la oscuridad duran-

te lo que le parecieron siglos, conociendo el máximo terror que un hombre puede conocer, y vivir para contarlo. Intentó vanamente pronunciar el nombre de su esposa muerta, estirar vanamente su mano a través de la mesa para saber si ella estaba allí. Pero su garganta se había quedado impotente y sus brazos y manos le pesaban como si fueran de plomo. Sucedió entonces algo aterrador. Un cuerpo pesado debió lanzarse contra la mesa con tal impulso que la levantó contra el pecho del hombre y llegó casi a derribarle, y en ese mismo instante oyó y sintió la caída de algo en el suelo con un golpetazo tan violento que el impacto sacudió la casa entera. Se produjo después una refriega y una confusión de sonidos imposible de describir. Murlock se había puesto en pie. Por el exceso de miedo, había perdido el control de sus facultades. Lanzó las manos sobre la mesa y no encontró nada allí.

Hay un punto en el que el terror puede convertirse en locura; y la locura incita a la acción. Sin ninguna intención definida, sin más motivo que el impulso inexplicable de un loco, Murlock saltó hacia la pared, tanteando un poco cogió el rifle cargado y disparó sin apuntar. Cuando el destello iluminó vivamente la habitación, vio una pantera enorme que arrastraba a la mujer muerta hacia la ventana, con los colmillos clavados en su garganta. Se produjo entonces una oscuridad mayor todavía que la anterior, y silencio; cuando recuperó la conciencia el sol estaba alto y en el bosque se escuchaba el canto de los pájaros.

El cadáver yacía cerca de la ventana, donde lo había dejado la pantera cuando se asustó por el destello y el sonido del rifle. Tenía las ropas arrancadas, los largos cabellos en desorden, los miembros extendidos de cualquier manera. De la garganta, terriblemente herida, había brotado un chorro de sangre que formó un charco que todavía no había terminado de coagularse. La cinta con la que él le había atado las muñecas estaba rota; las manos, apretadas. Entre los dientes tenía un fragmento de la oreja del animal.

El secreto del barranco de Macarger

(The Secret of Macarger's Gulch, 1893)

Al noroeste de Indian Hill, a unas nueve millas en línea recta, se encuentra el barranco de Macarger. No tiene mucho de barranco, pues se trata de una mera depresión entre dos sierras boscosas de una altura considerable. Desde la boca hasta la cabecera, porque los barrancos, como los ríos, tienen una anatomía propia, la distancia no es superior a las dos millas, y la anchura en el fondo sólo rebasa en un punto las doce yardas; durante la mayor parte del recorrido, a ambos lados del pequeño arroyo que fluye por él en invierno y se seca al llegar la primavera, no hay terreno llano. Las escarpadas laderas de las colinas, cubiertas por una vegetación casi impenetrable de manzanita y chamiso, no tienen otra separación que la de la anchura del curso del río. Nadie, a no ser un ocasional cazador intrépido de los contornos, se aventura a meterse en el barranco de Macarger que, cinco millas más adelante, no se sabe ni qué nombre tiene. En esa zona, y en cualquier dirección, hay muchos más accidentes topográficos notables que no tienen nombre y resultaría vano intentar descubrir, preguntando a los lugareños, el origen del nombre de éste.

A medio camino entre la cabecera y la desembocadura del barranco de Macarger, la colina de la derecha según se asciende está surcada por otro barranco, corto y seco, y donde ambos se unen hay un espacio llano de unos dos o tres acres, en el que hace unos cuantos años había un viejo albergue con una sola habitación. Cómo habían sido reuni-

dos los materiales de aquella casa, pocos y simples como eran, en aquel lugar casi inaccesible, es un enigma en cuya solución habría más de satisfacción que de beneficio. Posiblemente el lecho del arroyo sea un camino en desuso. Es seguro que el barranco fue explorado en otra época con bastante minuciosidad por mineros, que debieron de conocer algún medio de entrar, al menos, con animales de carga para transportar las herramientas y los víveres. Al parecer, sus beneficios no fueron suficientes para justificar una inversión considerable y enlazar el barranco de Macarger con cualquier centro civilizado que disfrutara del honor de tener un aserradero. La casa, sin embargo, estaba allí; la mayor parte de ella. Le faltaba la puerta y el marco de una ventana, y la chimenea de barro y piedras se había convertido en un rimero desagradable sobre el que crecía una espesa maleza. El humilde mobiliario que pudiera haber habido y la mayor parte de la baja techumbre de madera había servido como combustible en los fuegos de campamento de los cazadores; cosa que también debió de ocurrirle a la cubierta del viejo pozo que, en la época de la que escribo, se abría allí bajo la forma de un hoyo cercano, no muy profundo pero bastante ancho.

Una tarde de verano, en 1874, siguiendo el lecho seco del arroyo, llegué al barranco de Macarger a través del estrecho valle en el que desemboca. Iba cazando codornices y llevaba ya unas doce en la bolsa cuando me topé con la casa descrita, cuya existencia ignoraba hasta entonces. Después de inspeccionar las ruinas con bastante atención, reanudé mi actividad cinegética y, como quiera que tuve un gran éxito, la prolongué hasta casi el anochecer, momento en que me di cuenta de que me encontraba muy lejos de cualquier lugar habitado, y demasiado lejos como para llegar a uno antes de que cayera la noche. Pero en el zurrón llevaba comida y la casa podría proporcionarme refugio, si es que era eso lo que necesitaba en una noche cálida y seca en las estribaciones de Sierra Nevada, donde se puede